

**EL**  
**CEMENTERIO FRANCO**

**DE**  
**PAMPLONA**  
**(NAVARRA)**

**POR**  
**FLORENCIO DE ANSOLEAGA,**

Arquitecto de las Diócesis de Pamplona y Tudela  
y del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en Navarra,  
Académico Corresponsal de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando,  
Miembro Honorario de la Sociedad Francesa de Arqueología,  
Socio Corresponsal de la Asociación Artístico-Arqueológica Barcelonesa,  
Vicepresidente de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos  
de Navarra, etc.



**PAMPLONA**  
**IMPRENTA DE J. GARCÍA**

**1914**



CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA

EL  
**CEMENTERIO FRANCO**

DE  
**PAMPLONA**

(NAVARRA)

POR

**FLORENCIO DE ANSOLEAGA,**

Arquitecto de las Diócesis de Pamplona y Tudela  
y del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en Navarra,  
Académico Corresponsal de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando,  
Miembro Honorario de la Sociedad Francesa de Arqueología,  
Socio Corresponsal de la Asociación Artístico-Arqueológica Barcelonesa,  
Vicepresidente de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos  
de Navarra, etc.



PAMPLONA  
IMPRENTA DE J. GARCÍA

1914

110913	
Marc	130 100
Fond	109 155
Clas	
N.º de	
autor	
Den	
Pres	



## CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA

Si todo lo que puede contribuir al conocimiento de la Historia tiene siempre suma importancia, aumenta esta cuando se refiere al período merovingio por las obscuridades que este presenta, a causa de la barbarie de las gentes que invadieron el centro y el occidente de Europa, y dominaron en ella hasta la invasión de los Arabes y la formación del imperio carlovingio.

A principios del pasado siglo poco o nada se había hecho en materia de exploraciones en los sepulcros francos: pero a partir de esa época son incontables los cementerios de aquel pueblo que han sido explorados en toda la Europa central y en la vecina Francia, y todos ellos han contribuido a suministrar datos importantes, poniendo la arqueología sepulcral al servicio de la Historia.

Estas consideraciones y la circunstancia de no haberse descubierto en España ningún cementerio franco, o al menos, no haberse publicado nada referente a ello, nos mueven a ocuparnos del hallado en Pamplona hace algunos años, lamentando con este motivo la muerte de nuestro querido amigo D. Juan Iturralde y Suit, compañero en la exploración de aquél, a quien enfermedades y largas ausencias, efecto de ellas, impidieron llevar a cabo el propósito de redactar juntos una memoria que con su colaboración hubiera tenido verdadera importancia.

En el mes de Julio del año 1895, y al hacerse las obras para la conducción del agua desde el manantial de Arteta a la ciudad de Pamplona, capital del antiguo Reino de Navarra,

antes Iruña de los Vascones y Pompeyópolis durante la dominación romana, próximo a sus murallas y en la zanja abierta para la colocación de la tubería, se descubrió un sepulcro con restos humanos en su interior. Avisados de ello, nos presentamos en el lugar del hallazgo, advirtiendo a primera vista el carácter de antigüedad y la importancia del descubrimiento, consiguiendo que se suspendieran los trabajos en las inmediaciones del sepulcro, que quedó vigilado, y avistándonos acto continuo con nuestro citado amigo y compañero D. Juan Iturralde y Suit, Vicepresidente de la "Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos,,", quien convocó a sesión para el día siguiente, acordándose en ella, por unanimidad, practicar excavaciones en la heredad en cuyo borde estaba el citado sepulcro, situada en el término denominado *Argaray*.

Obtenida la necesaria autorización, comenzamos las excavaciones en dicho terreno, que está al sur de la ciudad, colindando por el Norte con el glacis de la fortificación, por el Sur con la carretera que conduce a Francia, por el Este con tierras de cultivo y por Oeste con un antiguo camino, cortado ahora por dicha carretera, y que quizá fué el de mayor importancia de los que conducían a la ciudad: camino que se dirigía al interior de España, terminando en la población, en las inmediaciones de lo que fué Puerta de Castro, cerca del castillo y del barrio de San Tirso, al final de la calle llamada hoy de la Estafeta, con cuya dirección coincide la del citado camino antiguo.

Dentro del terreno descrito, y que está constituido por arcilla roja muy compacta, mezclada con cantos rodados, descubrimos hasta cien sepulcros, agrupados, según se indica en el croquis que acompaña (lám. I), sin orden ninguno, y formados por pequeñas lastras o losetas sin labrar y de un grueso de 0'04 a 0'05 metros, completamente irregulares en su perímetro, colocadas de canto en las cuatro paredes del

sepulcro y sirviendo de tapa a éste, sobre la que había una capa de tierra arcillosa, de un espesor de 0'50 a 0'60 metros.

Paralela a la nueva conducción de aguas a Pamplona, y a una distancia media de 2 metros, en parte atraviesa diagonalmente el campo del cementerio la antigua conducción de aguas del manantial de Subiza, que, por desconocerse a su ejecución el empleo de tubería metálica, exigió más terreno para la construcción del canal cubierto; pudiéndose asegurar que al hacerse las obras, en los últimos años del siglo XVIII, se habría encontrado algunos sepulcros a los que no se dió importancia ni de los cuales quedó recuerdo.

Ningún signo ni inscripción había que permitiese distinguir unos sepulcros de otros, variando la longitud de ellos entre 0'80 y 2'10 m., por una anchura de 0'60 y una altura de 0'50 m. como maximum, y hallándose todos ellos orientados en dirección de Oriente a Poniente, estando en este el cráneo cuando no había más que un esqueleto, o sea mirando al sol naciente y en posición supina sobre el terreno natural. La irregularidad de las losetas, y la falta de unión, por consiguiente, en sus juntas, fué causa de que la tierra arcillosa que recubría los sepulcros entrase en estos con el transcurso de los siglos, constituyendo una gran dificultad y aun imposibilidad para la buena exploración, por la dureza que adquirió aquella; resultando los esqueletos incrustados en la tierra, y observándose la existencia de uno, dos, tres y hasta cuatro esqueletos en cada sepulcro, y la falta considerable de objetos en aquellos donde había más de un esqueleto.

Importante fué el número de objetos encontrados y que figuran en el pequeño "Museo Artístico Arqueológico de Navarra,,", y dejando para más tarde el ocuparnos de cada uno de ellos, citaremos ahora tan solo dos que limitan la antigüedad del cementerio, y son dos monedas de oro del rey visigodo Suintila, fundador de Olite, que reinó de 621 a 631, debiéndose, por lo tanto, partir de esa fecha para clasificar el cemen-

terio. Y teniéndola en cuenta, así como la analogía y casi identidad que hay entre los objetos aquí encontrados y otros que hemos visto repetidas veces en varios museos de Suiza, Francia, Austria y Alemania, y después de haber consultado varias obras que se ocupan del asunto y los datos que de aquella época suministra la historia de la Vasconia, no dudamos en considerar como de Francos el cementerio de que nos ocupamos, y que por su extensión y forma hace suponer que el número de aquéllos que habitaban en la antigua Iruña era muy reducido, o que su estancia en ella fué de corta duración.

La manera de ser de los Vascones durante los siglos VI y VII fué un estado de guerra continua, rechazando de sus montañas las acometidas de los Visigodos por el Sur y las de los Galo-romanos y Francos por el Norte; bajando aquéllos a las tierras llanas o refugiándose en sus inexpugnables montañas, según la suerte les era favorable o adversa; siendo las últimas el único terreno que no cambiaba de dueño, pues todo el resto pertenecía alternativamente a unos o a otros con pequeños lapsos de tiempo.

Nuestro querido amigo el docto historiador y vascófilo D. Arturo Campión dice en su *Euskariana (Algo de Historia)*, vol. II, págs. 383, 384, 386 y 388: “Los Romanos con-  
„quistaron en parte suelo y almas; los Germanos, únicamente  
„suelo. Y comenzó la guerra, procurando asentar los Bárba-  
„ros sus reales sobre el territorio latinizado; pero sin que es-  
„ta ocupación trajese consigo el apaciguamiento de la época  
„romana, pues los Baskones constantemente se mantuvieron  
„en armas. Y les vemos pelear contra Riciario y contra Euri-  
„co y contra Leowigildo y contra Recaredo y contra Gunde-  
„maro y contra Sisebuto y contra Suintila y contra Receswin-  
„do y contra Wamba y contra el mismo Rodrigo..... Historia  
„embrollada, confusa, la de estos Baskones ultrapirenaicos,  
„cuya mayor parte está envuelta en sombras tartáreas. Gue-

„rrearon desesperadamente y con varia fortuna contra Chil-  
„deberto, Dagoberto, Carlos Martel, Carlomán, Pipino, Car-  
„lomagno, Ludovico Pío, excitados por su odio implacable a  
„los Germanos.. Y añade: “Apetecieron siempre los monar-  
„cas francos extender su imperio por la vertiente sur del  
„Pirineo. Incitábales a ello, no tanto la ambición como la se-  
„guridad de sus Estados, ya que la Baskonia española era  
„una especie de vivero donde se recambiaban las fuerzas de  
„los indómitos baskos aquitánicos..”

Muchas obscuridades presenta la Historia de aquellos siglos y varias son las versiones que de los sucesos de esa época dan los diversos autores que de ellos se han ocupado; mas para el fin que ahora perseguimos, además de contar con la muy valiosa opinión que hemos transcrito, nos limitaremos a citar lo que dicen dos historiadores franceses, no en todo conformes. Refiriéndose a dicha época, decía en 1860 Mr. Cénac Moncaut en su *Histoire des Peuples et des Etats Pyrénéens*: Que poco antes de ocupar Suintila el trono visigodo, Clotario II, rey de Soissons, se apoderó de los Estados de Hariberto, hijo de Thierry, y que para sujetar a los Vascones nombró al duque Aïghinam para el lugar que ocupaba el duque Genial, siendo el nuevo nombramiento mal recibido por aquéllos. Que nada conforme Hariberto con el despojo de que había sido objeto, y buscando medios y fuerzas para recuperar lo perdido, concertó su matrimonio con Gisela, hija de Amán, duque de los Vascones, llegando así a ser rey del país situado desde los Pirineos al Loira; y que no viendo con buenos ojos los Vascones de las montañas esta unión con un extraño a su raza, protestaron de ella, habiendo llegado a un arreglo que permitió a Hariberto entrar en la capital el año 631. Mr. Jean de Jaurgain, en su excelente obra *La Vasconie*, publicada en 1898, suministra los siguientes datos: Aprovechándose los Vascones de las discordias de los sucesores del rey franco Clotario I, se extendie-

ron por la Novempopulania, hasta que Theodoro II, rey de Austrasia, y Thierry II, rey de Burgondia, hijos de Childberto II, que se dividían la Aquitania, los derrotaron y sometieron el año 602, imponiéndoles un duque llamado Genial, estando incluidos en el ducado los Pirineos meridionales, y sucediendo a este duque Genial en el mando el duque Aïghinam, ocupando Suintila el trono visigodo. A la muerte de Clotario II, en 628, su hijo Cariberto heredó el trono de Tolosa, creado por su hermano mayor Dagoberto I, en cuyo reino se incluía la Vasconia, por más que tuvo aquél que conquistarla en el tercer año de su reinado; y a la muerte de Cariberto, ocurrida este mismo año 631, y a la de su hijo Chilperico, que le sobrevivió muy poco, sometió Dagoberto a su dominio todo el reino de su hermano. El mismo año, y habiéndose hecho odioso Suintila por su tiranía, atravesó Dagoberto los Pirineos, llamado por Sisenando, que se puso al frente de los descontentos y escaló el trono, llegando aquél hasta Zaragoza.

Como se ve por lo que precede, desde principios del siglo VII hasta la caída de Suintila, en 631, tuvieron los Francos, no un dominio completo, pero sí una importante intervención en el gobierno de la Vasconia, y no es aventurado suponer que algunos de aquéllos se estableciesen en ella al amparo de esa autoridad. Un caso análogo a este refiere el barón de Baye en su memoria titulada *Antiquités Franques trouvées en Bohême*. Un franco llamado Samo llega al país para comerciar con sus habitantes, y una serie de importantes servicios lo eleva al trono y hace que se establezca cerca de él una colonia de Francos a quienes pertenecieron los cementerios encontrados no lejos de Praga. Los citados Mr. Cénac Moncaut y Mr. Jaurgain coinciden en la época en que los duques francos Genial y Aïghinam ejercieron su mando en la Vasconia, añadiendo el último que estaban en ella comprendidos los Pirineos meridionales, y ambos también,

aunque discrepando en el fondo, están de acuerdo en que al final del reinado de Suintila ocupaba la Vasconia un Hariberto o Cariberto, que con ambos nombres figura en la Historia. Y si a todo esto se une la existencia, en el cementerio de que nos ocupamos, de dos únicas monedas y que estas sean de Suintila, y la completa semejanza con otros de aquella época de los objetos aquí encontrados, ¿no será racional suponer que el cementerio fué coetáneo o poco posterior a este rey? Dando esto, pues, por sentado y teniendo en cuenta que el estudio de sepulcros antiguos en países que hayan estado bajo la dominación de diversos pueblos y razas solamente puede hacerse con éxito por comparación con otros estudiados anteriormente, como dice el mismo Barón de Baye, recogeremos observaciones hechas con motivo de exploraciones de la misma índole, comparando luego los objetos aquí encontrados con los recogidos en otras localidades y que han sido calificados de francos y figuran como tales en los museos.

Eran los Francos de aspecto feroz, cabeza pequeña, cráneo con todos los caracteres del de los flamencos (según los doctores Houzé y Jacques), larga trenza que arrollaban a la cabeza, ojos azules y cabello rojo, con grandes bigotes que les caían por los extremos de la boca, cuerpo grande y fuerte, tibias con aristas muy pronunciadas, envueltas las piernas en paños sostenidos por correas de cuero y calzados con mocasines, o sea toscos zapatos de cuero sin tacón y sujetos con correas, y su civilización era esencialmente militar e incompleta como la de todos los pueblos que invadieron desde el siglo IV al VIII el Occidente, pero en consonancia con sus instintos, que fué domando el Cristianismo, al que se convirtieron en el siglo IV.

Dice Mr. Daniel Ramée, en su *Histoire General de l'Architecture*: "Los Francos, en general, no pueden compararse, „en cuanto al genio para las artes y su aptitud para practicar-

„las, a los habitantes del Rhin ni aun a los Godos, que, vi-  
 „viendo al oeste del Imperio y en comarcas fértiles, habían  
 „aprendido a conocer muy pronto el valor y los efectos salu-  
 „dables de la civilización. A su primera aparición en la His-  
 „toria vemos a los Francos como un pueblo guerrero, salva-  
 „je y bárbaro, que por esta razón tomaron de los Romanos  
 „la licencia y el desbordamiento de las costumbres de los úl-  
 „timos siglos del Imperio.„ Y agrega: “Hacia el siglo VII, en  
 „613, cuando Clotario II reunió bajo el mismo cetro las di-  
 „versas provincias de la Galia gobernadas por su padre y  
 „sus tíos, este acontecimiento trajo una especie de tranquili-  
 „dad interior y favoreció también a las artes, y particular-  
 „mente a la Arquitectura.„

No obstante la conversión citada, y aunque los cemente-  
 rios se formaron bajo la influencia cristiana, conservaron los  
 Francos durante siglos sus antiguas costumbres, y entre ellas  
 la de llevar al sepulcro los instrumentos de su profesión y  
 sus armas y adornos, como lo hacían los Egipcios y se acos-  
 tumbraba en los tiempos prehistóricos; habiéndose creído ob-  
 servar vestigios de idolatría, según Mr. Troyon, en la cos-  
 tumbre de depositar en las tumbas fragmentos de vidrio y de  
 vasijas de barro, como amuleto o preservativo contra el de-  
 monio, cosa que todavía se practica en algunos pueblos de  
 los Alpes. También se ha supuesto indicio de la creencia de  
 los Francos en la resurrección de los muertos, según Mr. Ca-  
 raven-Cachin, la existencia en los sepulcros de trozos de pe-  
 dernal, que representarían la chispa que ha de reanimar y  
 dar vida a los cuerpos, relacionándolo además con la circuns-  
 tancia de que durante mucho tiempo se consideró la piedra  
 como materia sagrada reservada para la fabricación de los ob-  
 jetos del culto.

La costumbre de llevar al sepulcro armas, instrumentos y  
 joyas excitó la codicia, y llegó la profanación y el robo de los  
 sepulcros al extremo de que en el siglo IX, según Mr. Oza-

man en su *Civilisation chretienne chez les Francs*, el clero  
 introdujo en el interrogatorio de la Confesión la pregunta:  
 “¿Has violado algún sepulcro?„ Consecuencia de aquello fué  
 que se inutilizaran en el acto del sepelio todos aquellos obje-  
 tos citados, costumbre que, según Mr. Maspero en su *Archeo-  
 logie Egyptienne*, tuvieron también los Egipcios, que rom-  
 pian todos los objetos antes de depositarlos en el sepulcro,  
 “para matarlos, y que su alma o espíritu fuese a servir al  
 „del hombre a quien pertenecieron.„; circunstancia que con  
 alguna otra de las mencionadas se observa en nuestro cemen-  
 terio franco, y no solamente en cuanto se refiere a las armas,  
 sino también respecto a otros objetos y a las vasijas que apa-  
 recieron rotas o agujereadas.

Se ha dado diversas interpretaciones al hecho de encon-  
 trarse espadas dobladas al lado de los restos humanos, supo-  
 niendo algunos que obedecía a facilitar la introducción de  
 aquellas en las urnas cinerarias, y creyendo otros que se do-  
 blaban las que pertenecían a guerreros que no habían muer-  
 to luchando, o que hacíase así obedeciendo a un rito funera-  
 rio. La existencia de dichas espadas en sepulcros de dimen-  
 siones ordinarias, el haber algunas espadas que en vez de es-  
 tar dobladas estaban solamente melladas intencionadamente,  
 y el encontrarse cuchillos muy pequeños, también doblados,  
 como sucede en nuestro cementerio franco, destruyen la pri-  
 mera suposición. Tampoco creemos signifique eso que el due-  
 ño del arma no ha muerto en lucha, pues esto llevaría consi-  
 go que quien murió luchando tuviera la espada sin doblar ni  
 mellar, y encontrándose frecuentemente de estas, habría de  
 deducirse que cuantos morían combatiendo eran retirados  
 con sus armas y depositados en sepulcros de piedra, cosa no  
 probable en aquella época, en que el empleo del arma blanca  
 hacía que el número de muertos fuese muy considerable.  
 Nada podemos decir respecto a la suposición de que se do-  
 blasen las espadas en virtud de un rito, y sin buscar más

causas, encontramos muy natural, y muy dentro del cariño y del respeto al inhumado, que en el momento del sepelio se inutilizasen los objetos de su uso para que nadie pudiera ya servirse de ellos, tanto más si existía, como queda dicho, la costumbre de profanar y robar los sepulcros, como sucedía ya en Egipto, en donde, según Mr. René Ménard en *La Vie privée des Anciens*, “las riquezas inmensas que contenían „los hipogeos eran bastantes para tentar a los ladrones, y los „papyrus nos revelan las pesquisas judiciales que se han hecho a causa de estas expoliaciones„.

Hemos dicho más arriba que la extensión y forma del cementerio da lugar a creer que el número de Francos que habitaban en la antigua Iruña era muy reducido, o que su estancia fué corta; pero hay una circunstancia también ya expresada, y es la superposición de cadáveres hasta el número de cuatro en algunos sepulcros, que hace nos inclinemos en favor de la primera suposición, o sea el número reducido de Francos que aquí habitaban. En efecto; el que cada cadáver no tuviera su correspondiente sepulcro, dada la poca importancia de estos, no puede atribuirse a la falta de terreno, ni aun al deseo de economizar gasto o trabajo, pues entre abrir o hacer un nuevo sepulcro y descubrir o utilizar un sepulcro ya ocupado, no había más diferencia que el empleo de las losetas o lastras, que apenas tienen valor por existir muy someras en el inmediato cerro de Mendillorri. No encontramos, pues, otro motivo para la superposición de cadáveres, que el deseo de reunir en un solo sepulcro los restos de los individuos de una misma familia, como ocurre en la actualidad, cabiendo suponer que aunque los sepulcros no tuvieran en sí mismos signos que los hiciesen reconocer, pudieron existir estos, coincidiendo con aquellos, sobre la gruesa capa de tierra que los cubría. Mr. Auguste Moutié, en su *Notice sur un Cimetière merovingien decouvert a Auffagis* (Seine et Oise), dice: “Varias circunstancias nos hacen creer

„que en este cementerio cada familia tenía su sitio particular.„ Y siendo nuestro cementerio franco tan reducido, y habiendo transcurrido tiempo bastante para que se inhumasen cuatro cadáveres de adultos de una misma familia, claro es que el vecindario fué corto y el cementerio se utilizó bastante tiempo. Mr. S. Prioux, en su memoria titulada *Notice sur des Sépultures merovingiennes du Soissonnaix*, cita el cementerio franco de Arcy-Sainte-Restitue, en el cual, en una memoria escrita en 1813, se hace elevar el número de sepulcros a más de veinticinco mil.

Entre los sepulcros y al sud del cementerio existía una fosa de planta circular, de 1'40 m. de diámetro, sin revestimiento ninguno de fábrica en sus paredes, (cosa posible por la mucha consistencia del terreno), de una profundidad aproximada de 2 m. y llena de huesos en una altura de 1'50 m. Situada al occidente del cementerio había también otra fosa de igual profundidad y condiciones que la anteriormente citada, pero de planta casi cuadrada, de 4 m. de lado y medio llena de huesos. La forma de la planta de esta segunda fosa y sus dimensiones, así como su emplazamiento en el perímetro del cementerio y muy próxima al antiguo camino a que se ha hecho referencia, hicieron suponer en los primeros momentos que pudiera corresponder a alguna pequeña capilla, pero la falta de cimientos, y aun de piedras que a ellos hubieran pertenecido, da lugar a creer que se trata de un osario, o de una fosa común.

Llama la atención el considerable número que proporcionalmente había de sepulcros de niños, y merece consignarse la circunstancia de ser todos ellos unipersonales, y la de que fueron muy pocos los huesos de niños que aparecieron entre los restos de los mayores. Mrs. L. Coutil y Roland, en su memoria referente a exploraciones hechas en el *Cimetière merovingien et carolingien de Villevenard* (Marne), dicen: “Las inhumaciones hechas en invierno estaban mucho más

„inclinadas hacia el Este que las del verano.„ Claro es que si los sepulcros tienen algún signo que permita reconocer si han sido construidos en verano o en invierno, la observación indica escrupulosidad en los Francos para la orientación de sus sepulcros; pero si se ha pretendido deducir la época de la construcción de estos, de su mayor o menor inclinación hacia el Este, esa diferencia podría probar lo contrario, es decir, que orientaban los sepulcros aproximadamente.

Se ha indicado antes que los cadáveres se pusieron directamente sobre el terreno natural, y así se deduce de la falta de clavos que hubiera hecho necesarios el ataúd, y que, según los arqueólogos últimamente citados, deberían oscilar entre doce y veinte.

En nuestra exploración vimos confirmada una observación repetidamente hecha, y de que antes hemos hablado. En su memoria *Les Cimitières francs dans l'Arrondissement de Charleroi* dice D. A. Van Bastelaer: “A las observaciones „precedentes se une otra constante, y es, que en todas las „tumbas de superposición de estos cementerios, el cadáver „superior, que es el que está solamente en su lugar, se ve „desprovisto de mobiliario mortuario. El resto de la tumba „está revuelto por las inhumaciones sucesivas, y generalmen- „te los primeros huesos, y sobre todo los cráneos, son arro- „jados al pie de la sepultura. Se encuentran algunos res- „tos, rotos y dispersos, de objetos muy sencillos que les „acompañaban, pero lo que podía tener algún valor ha des- „aparecido.„ Esta observación del arqueólogo belga puede aplicarse íntegra a nuestro cementerio franco, y fué una de las consideraciones que más llamaron nuestra atención durante la marcha de las exploraciones; atribuyendo la falta de objetos, dentro de la idea de considerar los sepulcros como de familia, al deseo de recoger y conservar como reliquias los que pertenecieron a los primeros inhumados y acompañaron a éstos durante algún tiempo en su tumba, ya que la costum-

bre de depositar objetos en los sepulcros continuó durante el período carlovingio.

Las artes, que durante la dominación romana alcanzaron un grado tan alto de perfección, decayeron rápidamente, llegando a un estado tal que hace recordar los tiempos prehistóricos. Ejemplos de ello encontramos en los sepulcros, con la existencia de piedras horadadas que sirvieron de colgante o cuenta de collar, como en la época Robenhausien, y la de anillos recogidos en nuestro cementerio franco de Pamplona. En efecto, en uno de estos se ve grabada en el metal una figura humana tan rudimentaria, como las primeras que se dibujan en la niñez o las que dejaron en las paredes de sus cuevas los trogloditas de los tiempos prehistóricos. Otros anillos repiten la figura de un cuadrúpedo, también elemental, y a veces duplicada, que recuerda los frescos prehistóricos de la cueva de Cógul (Lérida), y de que vamos a ocuparnos.

El citado Mr. Alfred Caraven-Cachin, en su memoria relativa a exploraciones hechas en *Le Cimitière mérovingien du Gravas, en Gaillac*, se ocupa extensamente de una placa de bronce, del siglo VI, allí encontrada, y a la que concede extraordinaria importancia, especialmente por los grabados que presenta el lado visto de aquella, y que no teniendo carácter alguno geométrico, revelan en su autor el deseo de producir la representación gráfica de una idea. Cuál sea esta, ha sido objeto de largo estudio y de repetidas consultas entre notables arqueólogos versados en esta clase de investigaciones, sin que ninguno crea haber encontrado solución satisfactoria, y dándose por supuesto que aquellos trazos pudieron ser hechos por un obrero imperito que pretendió hacer una copia de caracteres rúnicos, o hechos *ad libitum* con pretensiones de decoración. Excitada nuestra curiosidad con este relato, y sin pretensión ninguna de buscar lo que tantos otros, infinitamente mejor documentados, no habían encon-

trado, hemos examinado la fotografía que para las citadas investigaciones ha servido, observando en ella con toda claridad la representación del cuadrúpedo que figura en varios de los anillos aquí encontrados y de que antes hemos hecho mención. El mismo Mr. Caraven-Cachin, refiriéndose a otra placa muy curiosa compuesta de cuatro piezas superpuestas, encontrada en dicho cementerio de Gravas, y discutiendo respecto a lo que pudo representar una de ellas, extraviada, pregunta “¿..... o bien adornos bizarros, *imitaciones groseras de animales reales o fantásticos*, como lo suponen ciertos anticuarios de Noruega y de Suecia?,” Ciertamente que de no haber copiado y visto repetidas veces las figuras representadas en los anillos, no hubiéramos descubierto entre una swastika, varias líneas de puntos y algunas cruces, la figura de la placa; y es tal la impresión que producen aquellos grabados, que el mismo arqueólogo dice refiriéndose a ellos: “Si se examina con cuidado el lado aparente de „la placa de Gravas, que presenta adornos grabados muy „bárbaros, tales como cruces, líneas entrecruzadas, trazos „formados por puntos, se nota con asombro que estos dibujos son completamente desconocidos en la época franca, y „se duda en referir esta alhaja a los descendientes de Chil- „derico I.,”

De algunas opiniones expuestas con este motivo por los arqueólogos a que se ha aludido, y entre ellos Mr. Frederic Moreau, que es una especialidad en la materia, deducimos, como posible y aun probable, que los anillos de nuestra pequeña colección despierten curiosidad entre quienes se dedican a esta clase de estudios, fijándose además en la particularidad de que la mencionada representación del cuadrúpedo figura también en el anillo más pequeño, que debió pertenecer a una niña, y único de plata que se encontró en los sepulcros, habiéndonos llamado la atención la circunstancia de que en una joya de niña aparezca, como única, la figura de

un cuadrúpedo semejante en un todo a la que se ve en algún otro anillo perteneciente a una persona de gran talla, y a las que existen duplicadas en otros anillos también de adultos y en alguno de los chatones de vidrio azul; observándose, tanto en la figura del pequeño anillo como en la que vemos en la placa del cementerio de Gravas, una indicación de cuerno o asta, prolongación de la línea horizontal que simula el cuerpo en aquella, y continuación del lado del frente que cierra el triángulo que representa la cabeza en la de la placa.

En museos y publicaciones referentes a trabajos de esta índole se ven objetos y reproducciones de utensilio franco procedente de cementerios, y casi siempre se observa la existencia de piezas de más valor intrínseco o artístico que las recogidas en nuestro cementerio franco; y buscando el porqué de ello, nos ocurre la consideración de que en todas épocas y en todos países, la sociedad ha estado constituida por diversas clases de gentes que se diferenciaban entre sí por su riqueza, que se acusaba al exterior por el mayor o menor lujo en los vestidos y en el empleo de joyas de distinta importancia. Las condiciones en que el siglo VII se establecieron los Francos en la antigua Iruña, según creemos, al amparo de sus duques, lejos de sus centros y sin carácter definitivo como se ha expresado, no eran las más favorables para que gentes de alta posición vinieran a instalarse en aquélla; y si algunas acompañaron de cerca a dichos duques, es más que probable que fuesen inhumadas en sepulcros de piedra situados en el interior de las iglesias, como se observa en países que los Francos hicieron suyos. Creemos que esto puede explicar la falta de granates y vidrios de color en la ornamentación de broches y hebillas, que con tanta frecuencia se ve en los cementerios francos de Austria, Suiza, Bélgica, Francia y Alemania, donde aquéllos residieron como amos, y el que no se haya encontrado aquí ninguna fíbula, ni más oro que las dos monedas, ni más plata que tres torcas, tres pen-

dientes y el pequeño anillo a que se ha aludido, ni más vidrio rojo que el engastado en un pendiente de cobre. A la misma causa puede obedecer la pobreza en la construcción de los sepulcros de nuestro cementerio franco de Pamplona, pues siendo de uso general en aquella época los de piedra de una sola pieza, con su cubierta a dos aguas o en forma de pirámide truncada, decorada frecuentemente con canales en espiral parecidas al *strigilis* romano, cubierta que se iba aplanando a medida que avanzaba la época, vemos que aquéllos, según se ha dicho, eran el mínimum de sepulcro. Y a este propósito conviene recordar que al ocuparse Mr. Léon Coutil de las exploraciones hechas en un *Cementerio franco carolingio de Criel* (Sena inferior), dice que se encontraron sepulturas superpuestas, siendo las inferiores sarcófagos de piedra, y estando las superiores en tierra libre; y que la costumbre de depositar los cadáveres directamente en tierra se hizo general hacia los siglos VII u VIII; observándose en este mismo cementerio, que en la violación de las sepulturas fueron preferidas las inferiores. Así, pues, si lo pobre de la construcción de los sepulcros de nuestro cementerio franco no obedeció, como creemos, a la causa expresada, podríamos considerarlos como de transición entre las inhumaciones en sepulcros de piedra y los sepelios en tierra libre, por más que por el mal ajuste de las losetas los esqueletos aparecieron, según se ha dicho, enterrados.

Otra diferencia se observa entre la mayor parte o casi la totalidad de los cementerios francos explorados y el de que nos ocupamos, y es que aquellos han estado generalmente emplazados en la pendiente de una colina, y el nuestro está en la meseta horizontal que domina en 38 metros al río Arga, de cuyo nombre toma el suyo de *Argaray* el término en que se halla aquel, y en cuya meseta está enclavada la ciudad de Pamplona, que tuvo gran importancia durante la dominación romana, la cual dejó en ella muchos vestigios, y de

cuyos muros y fosos dista hoy tan solo un centenar de metros el cementerio franco. Cerca de este emplazamiento, y continuando hacia el Mediodía por el antiguo camino de que se ha hablado al principio, existe una pendiente natural del terreno, con declive hacia el Sud, es decir, en las condiciones en que han estado situados generalmente estos cementerios: *Olim veteres sepeliabantur in montis, sive in eorum medio sive in radicibus*, dice Mr. Durañd de Mende; y el no haberse utilizado aquel, nos hace pensar que pudo obedecer al deseo de tener más protegido el cementerio, colocándolo muy próximo a aquellos muros que en el siguiente siglo habían de ser demolidos por Carlomagno, poco antes de ser derrotado en Roncesvalles.

Antes de ocuparnos de los objetos encontrados en nuestro cementerio franco, para la mejor comprensión por parte de aquellas personas que no se han dedicado a esta clase de estudios, y ya que la materia es nueva en el país, describiremos en líneas generales el mobiliario fúnebre o mortuorio de los Francos y el uso de los diversos objetos que aparecen en los sepulcros de aquella época, con las observaciones que en las exploraciones de otros varios cementerios se han hecho, para terminar enumerando y dando algunos detalles de los citados objetos aquí encontrados, y no todos de fácil clasificación por ser fragmentos o partes de algo que ha desaparecido.

## MOBILIARIO FUNEBRE EN LOS CEMENTERIOS FRANCOS

### Armas

Un pueblo esencialmente guerrero, cual lo era el pueblo franco, forzosamente había de dar preferente importancia a sus armas; y entre estas las espadas, que fueron signo de mando, sirvieron de motivo para el empleo de delicados adornos, reflejándose en su decoración, según Mr. Reinach, la influencia de Oriente, y muy en especial la del arte persa de los primeros siglos, o de la dinastía de los Sassánidas, ejercido por orfebres que vinieron desde Crimea y sus inmediaciones a continuación de las invasiones de los Hunos, quedando una parte en Constantinopla y remontando los demás el Danubio y recorriendo las orillas del Rhin, para continuar su marcha hacia el occidente de Europa.

El uso de las armas no se limitó al elemento militar, sino que fué general, como lo demuestra la existencia de ellas en sepulcros donde se encontraron instrumentos y útiles de otros oficios; y la simultaneidad del comercio y las armas se vió patentemente en el cementerio de Criel, antes citado, en el cual, en un sarcófago de piedra y entre el pecho y el vientre de un hombre, se halló una balanza para pesar moneda, y a lo largo del brazo izquierdo, un largo sable o *scramasaxa*.

La única arma defensiva empleada por los Francos fué el gran escudo o broquel circular, con umbo en el centro al exterior y manípulo en el interior, de forma bombeada, con disco de madera forrado de piel y recubierto de un baño o preparación para recibir la ornamentación pintada que servía de

marca de propiedad. Las armas ofensivas eran la espada, sable o *scramasaxa*, puñal, cuchillo, hacha o *francisca*, lanza, angon y flechas.

**ESPADA.** Las espadas son de hoja delgada y aplastada, de doble filo y terminada en punta aguda. El encontrarse algunos puños metálicos ricamente decorados, como se ve en el museo de Cluny, y en el de la hallada en el tesoro de Pouen que figura en el museo de Troyes, y el ser relativamente pocas las que aparecen en los sepulcros, ha hecho creer que eran atributo de mando o superioridad: "*Rari gladiis utuntur*," dice Tácito. La vaina era de hojas de madera, recubierta de piel o cuero, y tanto sobre su entrada como en su extremo solía estar decorada con adornos de cobre. No se ha encontrado en los sepulcros casi ningún resto de objetos de madera, que los siglos han hecho desaparecer. La longitud de las espadas era muy variada, habiéndose encontrado alguna que tenía 0<sup>m</sup>96 incluyendo la espiga que entraba en el mango, midiendo una anchura de 0<sup>m</sup>04 a 0<sup>m</sup>05, y siendo las más grandes las encontradas en Borgoña. Las espadas se llevaban pendientes de tahalí y se colgaban de ambos costados, apareciendo en los sepulcros a todo lo largo del fémur, o entre las piernas, y suelen estar rotas. La espada de Childerico II fué encontrada rota en 1656, en su tumba de Saint-Germain des Prés, y la que se supone perteneció a Teodorico, y que figura en el citado museo de Troyes, estaba suspendida por medio de una correa, sujeta en los pasadores de dos muescas puestas en la vaina, de forma que el puño, adornado con incrustaciones, quedase por arriba y por abajo sujeto en el interior de ella por medio de dos pequeñas espigas. En los sepulcros francos de Alemania y de Inglaterra es donde se han encontrado más espadas al lado derecho.

**SABLE.** El sable o *scramasaxa*, del teutón *scriman* (combatir) y *sahs* (cuchillo), era el arma nacional y predilecta del soldado franco, y prueba el carácter bárbaro de éste. Es de

hoja recta y pesada con mango de madera: uno de los cantos, que es a veces curvo, mide hasta 0<sup>m</sup>01 de grueso, siendo el otro cortante y terminado en punta, bien sea formada por la inclinación del lomo hacia el corte, o por la de este hacia aquel; cerca del lomo de aquella y en toda su longitud corren ranuras o estrías, variando aquella entre 0<sup>m</sup>40 y 0<sup>m</sup>55, comprendida la espiga, y se llevaba pendiente del cinturón de cuero. Una *scramasaxa* encontrada por el abate Cochet en una exploración hecha en Envermeu (Sena inferior), y que figura en el museo de Artillería de Francia, conserva todavía dos pequeñas placas de madera que formaban el mango, terminado en un pomo lenticular: esas placas frecuentemente solían estar recubiertas de una chapa metálica decorada con canales o estrías en sentido transversal. Se encuentran en los sepulcros en distintas posiciones con relación a los cadáveres o esqueletos, y lo mismo que las demás armas de esta índole, aparecen melladas o dobladas por la causa expresada anteriormente.

**PUÑAL.** El puñal se encuentra raramente. Es de hoja gruesa, corta, de un solo filo como los sables, y terminada en punta. Mide de 0<sup>m</sup>20 a 0<sup>m</sup>35, incluida la espiga, y tiene una anchura de 0<sup>m</sup>03 a 0<sup>m</sup>04. El mango era de madera, y la hoja solía encerrarse en una vaina también de madera y forrada de cuero, y a veces en una simple vaina de cuero: generalmente aparece en los sepulcros a lo largo del fémur.

**CUCHILLO.** El cuchillo, por su empleo como arma y como instrumento doméstico y de uso general, así como por llevarlo personas de todos sexos y edades, es lo que más abunda en los sepulcros. Su hoja, que no se cerraba, tenía mango de madera y vaina de cuero, y con frecuencia no pasaba de 0<sup>m</sup>06 a 0<sup>m</sup>08 de longitud, siendo las dimensiones corrientes entre 0<sup>m</sup>20 × 0<sup>m</sup>04 y 0<sup>m</sup>06 × 0<sup>m</sup>03. Se llevaban pendientes del cinturón por medio de una correa que se sujetaba con una hebilla cuando se hacía uso de ellos para las ne-

cesidades ordinarias, y se unía su vaina a la de la *scramasaxa* como arma de guerra.

**HACHA O FRANCISCA.** Es el hacha de guerra, y tiene la forma general de nuestras hachas, aunque presenta elegantemente curvados todos los lados de su hierro. Las hay pequeñas, con el hierro ligeramente curvo, y otras grandes, pesadas, más curvadas y aplastadas hacia su corte o filo. También las hay cuyo hierro se ensancha, a partir del cubo donde entra el mango, describiendo un cuarto de círculo, siendo estas últimas las más frecuentes en los sepulcros de la Isla de Francia. Hay también *franciscas* de doble corte, aunque son raras. El abate Cochet encontró una que tenía horizontal uno de los cortes y el otro vertical. Todas ellas son de hierro, habiéndose encontrado tres de formas completamente diferentes y caprichosas en el cementerio franco de Villevenard, ya citado. El guerrero franco tenía la *francisca* en la mano derecha o en el cinturón, y en el sepulcro la colocaban atravesada sobre sus piernas.

**LANZA O FRÁMEA.** La lanza con su asta no suele pasar de la altura del hombre, y su hierro tiene generalmente la forma de la hoja de laurel, estrechándose hasta morir en el cubo donde encaja el asta de madera. A veces toma el hierro la forma de hoja de salvia, como en una encontrada en exploraciones hechas por el abate Cochet en Londinières. Se hallan siempre a la derecha del esqueleto.

**ANGON.** El arma terrible de los Francos fué el angon, sucesor del *pilum* romano, del que se ve un ejemplar en el museo de Wiesbaden, y el cual mide 0<sup>m</sup>90 de longitud. En el museo de Artillería de Francia hay un angon franco de punta larga y lengüetas muy destacadas. El angon franco, como el *pilum* romano y a veces la *francisca*, eran lanzados contra el broquel del enemigo, y clavándose en aquel, obligaban a descubrirse a éste, quien era acometido mientras procuraba librarse de aquel estorbo. Suelen presentar los ango-

nes la forma de rombo, y otros tienen tres hojas, de las que una es recta, ancha y cortante, y las otras dos son curvadas hacia fuera. Se empleaban como pica y como dardo, pareciéndose estos últimos al arma romana llamada *aclis*, que se arrojaba sujeta con una cuerda que permitía recogerla.

**PUNTAS DE DARDOS O DE FLECHAS.** Estas armas con lengüetas son más comunes en la Europa central que en la occidental. Las hay que terminan en espiga, y otras, en cubo, y se ha encontrado en gran número en el cementerio de Reichenhall (Baviera) y en el cementerio longobardo de Testona. Este arma con lengüetas se parece a la *sagitta hamata* o *adunca* de los Romanos, y se servían principalmente de ella en Asia y en los pueblos del Norte, habiéndose hallado siete ejemplares en el cementerio franco de Podbaba (Bohemia). Generalmente suelen estar acompañadas de restos de broquel, como en este último cementerio. Las flechas se usaban ya en la edad de la piedra, y en los dólmenes del monte Aralar (Navarra), de los que indicó la existencia nuestro citado amigo Sr. Iturralde, hemos encontrado una punta de flecha de pedernal, en exploraciones hechas en compañía del ilustre antropólogo, nuestro buen amigo D. Telesforo de Aranzadi. Más tarde se hicieron de bronce y de hierro, siendo ovales entre los Griegos y Romanos, y triangulares y con lengüetas en los demás pueblos.

### Objetos varios

**HEBILLAS.** Una de las cosas que caracterizan las sepulturas francas, es la existencia de hebillas, que no se encuentran en los sepulcros romanos y son peculiares de las razas teutónicas, diferenciándose del arte clásico, tanto por su forma y materia como por la ornamentación y el estilo. "Si la *armilla* pertenece a los Galos, si la *fibula* es romana, la he-

*billa*, a su vez, es esencialmente germánica... dice el citado abate Cochet. La hebilla se compone de anillo y de clavo; presentando aquel la forma cuadrada, circular u oval, y más generalmente estas dos últimas, siendo el segundo frecuentemente de hierro, por ser menos frágil que el bronce y menos maleable que la plata. Unidas a las placas, constituyen el broche que sujetaba el cinturón. En la segunda mitad del siglo V las había adornadas con piedras y vidrios, pero sin las placas anchas y decoradas que se usaron más tarde. Hay hebillas, muy pocas, que tienen incrustaciones en el talón del clavo, y una de ellas fué encontrada en el citado cementerio de Gravas, siendo signo característico de la indumentaria bárbara. En varios sepulcros, y entre restos de mujeres, se han encontrado pequeñas hebillas cuadradas, destinadas a sujetar las limosneras o bolsas.

**PLACAS.** El uso general del cinturón hace que en los sepulcros abunden las placas, que acompañaban, como se ha dicho, a las hebillas, suponiéndose que las de bronce y de hierro que se hallan en los cementerios francos fueron debidas a los pueblos bárbaros del Norte, ya que no se ven ni entre los Griegos ni entre los Romanos. Abundan en la primera época merovingia, y algunas presentan una curvatura que corresponde con la de la cintura. Son generalmente de bronce y están decoradas con grabados en los que se descubre la influencia indígena, habiendo sido objeto de lujo que los emperadores colocaban sobre sus mantos, y empleándose en su confección el oro, la plata y el bronce estañado y dorado. Hay placas caladas, y suelen ir generalmente acompañadas de cadenillas que terminan con una verdadera cruz, como la de Nordendorf que se ve en el museo de Augsburgo; las de Gelzen (Alemania), que están en el museo de Maguncia, y la de Davenscourt (Somme). Alguna lleva al extremo de la cadenilla un pez o pescado, emblema de Cristo en los primeros siglos de la Iglesia. Suelen encontrarse en

sepulcros de mujeres. En tiempo de Dagoberto la placa metálica se cubre de fino damasquinado, o de una rica combinación de incrustaciones y cinceladuras, mientras a fines del siglo VIII se recortan las placas, representando leones, caballos alados, dragones, quimeras y monstruos. Según se ha indicado anteriormente, en el cementerio de Gravas se encontró una placa formada por cuatro piezas superpuestas, cosa sumamente rara. También se han encontrado varias placas representando a Daniel en el foso con los leones.

**FÍBULAS.** La fíbula, semejante al imperdible que se usa en la actualidad, se empleaba para cerrar el vestido en la parte superior del cuerpo, y el clavo o aguja de ella es generalmente de hierro, por la misma razón que el de las hebillas. Las fíbulas con salientes en forma de asa son bastante comunes en Europa, habiendo el arte enriquecido aquellas con esmaltes, granates, amatistas y vidrios de colores, siendo frecuente la decoración en vidriería triangular de color azul. Las fíbulas esmaltadas comenzaron a usarse en el siglo I, y según se ve en monedas, sellos y pinturas, la fíbula se colocaba tanto en el hombro como sobre el pecho, próxima al cuello. Las mujeres las usaban por pares, colocando una sobre cada pecho. Las hay aviformes, sirviendo de ojos, granates o vidrios rojos, y también las hay de forma circular, de rombo, cuadradas y digitales o radiales. La cabeza muy ancha de las fíbulas, es reminiscencia de las placas destinadas a cubrir el resorte de las que se usaban antes de nuestra era. En el cementerio franco de Podbaba, ya citado, se encontraron fíbulas de forma cuadrada, con pequeños círculos en los ángulos que contenían granates. Se han encontrado a veces más de una, habiendo recogido Mr. Akerman, en Inglaterra, varias fíbulas sobre los hombros de un muerto, mientras que Mr. Lindenschmit ha encontrado en Alemania dos fíbulas redondas, colocadas una sobre el hombro y la otra sobre el pecho derecho.

**TERMINACIONES DE CORREA.** Para sostener la rigidez en los extremos de las correas y facilitar su paso por el anillo de las hebillas, se reforzaban aquellas con unas placas metálicas en forma de U, en cuya abertura entraba la correa, quedando sujeta con un pasador. Son consideradas como signo distintivo de los pueblos bárbaros. Las había de plata, como en el cementerio franco de Criel, citado anteriormente, y se han hallado algunas formadas por una placa sencilla en forma de corazón y con una espiga lateral que atravesaba a la correa y se sujetaba a ella.

**ANILLOS.** El uso del anillo era general, y se encuentran de todos tamaños, empleándose en su confección el oro, la plata, el cobre, el bronce, el plomo y el hierro; los hay adornados con piedras o vidrios de color, y decorados con chatones y grabados en el metal, viéndose alguno con una llave en el costado, como el que se encontró en el citado cementerio de Villevenard, del siglo VI o VII, en el que se recogieron varios objetos decorados con emblemas y signos cristianos. Los chatones afectan forma circular, oblonga y en rombo, y suelen llevar dibujos y monogramas.

**TORCAS.** El uso de las torcas como collares y brazaletes se remonta a la edad del cobre, y en las exploraciones hechas con el Sr. Azanzadi (D. T.), en los citados dólmenes del monte Aralar, hemos encontrado fragmentos de alguna de ese metal. Se hallan también en la mayor parte de los cementerios francos, y tienen figura de aro, formado muchas veces por un alambre de cobre arrollado en forma de hélice. Las usaron los Galos, los Persas y los Romanos, entre los cuales se empleaban en el ejército como premio al valor, y la ostentaba el soldado sobre el pecho como una condecoración.

**PERLAS.** Tanto en pinturas murales como en monedas de la época de que nos ocupamos, se descubre el uso general de collares hechos con perlas de diversas materias, así entre

los Romanos como entre los Bárbaros, habiéndose encontrado, en los dólmenes repetidamente citados, algunas que parecen de azabache y otras de cuerno de ciervo. Se hacían perlas de vidrio policromo, ámbar, piedra y tierra cocida y esmaltada; la azul estriada se ve entre los Romanos y los Francos, y ha llegado a encontrarse en Egipto al lado de las momias. Se cree que están hechas con una pasta de silicato de potasa coloreada con óxido de cobre. En el mencionado cementerio franco de Criel se hallaron a la altura del cuello diversas perlas, ensartadas una a una en alambre de plata en forma de aro. Los collares mostraban en su centro un motivo diferente de las otras perlas, y aun se dividían en secciones como lo están nuestros rosarios. Las perlas de ámbar se encuentran con preferencia en las cercanías de la costa. Piedras horadadas en forma de cuentas o perlas se han encontrado en dólmenes, y entre ellos en el de la Justicia, Presles (Seine et Oise) y en el del monte San Miguel en Carnac (Morbihan). En el cementerio de Villevenard, los collares de mujer estaban formados por perlas de cristal o de tierra cocida y esmaltada, y los de niños se componían de perlas de ámbar.

**VASIJAS.** Se encuentran de formas sumamente variadas y tienen casi siempre decoración hecha a torno o con la rueda, siendo generalmente de barro negro. Sin embargo, como por su fragilidad las vasijas no eran objetos de fácil transporte en las inmigraciones, cual lo eran las armas y adornos, solían ser de fabricación local, adaptándose al material de que se podía disponer, y algunas veces también a la forma de las usadas en el país. Variaba su colocación en los sepulcros, pues en el repetidamente citado cementerio de Villevenard se encontraron entre los talones, entre las piernas y alguna vez al lado derecho de la cabeza, mientras en el de Arcy-Sainte-Restitue, explorado por el también citado Mr. Prioux, se hallaban a la izquierda de la cabeza, y en el cementerio mero-

vingio de Auffargis, explorado por Mr. Auguste Moutié, todos los vasos estaban a los pies. En los cementerios de Villevenard, Bueil y Muids se han hallado vasijas de cristal en sepulcros de niños, pero no vasijas de tierra cocida.

**COLMILLOS DE JABALÍ.** Se han empleado como amuletos, y su uso se remonta a los tiempos prehistóricos. En un sepulcro de esa época, descubierto en Courtavant, en Barbuise (Aube), había un colmillo de jabalí en el pecho del esqueleto, y en otra sepultura eneolítica de Fontaine-le-Puits (Savoie) se encontraron dos sobre la tibia derecha. También se han encontrado algunos en dólmenes de la época Robenhausien, que figuran en el museo de Saint-Germain. Se cree que en la época neolítica los empleaban, según Dechelette, para hacer algo parecido a las cotas de malla.

Otros muchos objetos se han hallado en los sepulcros francos, tales como alfileres, balanzas para pesar monedas, conchas, placas de aplicación para las vainas de espadas y scramasaxas, arpones de dos dientes y otros varios que sería largo enumerar.

## RELACION DE LOS OBJETOS ENCONTRADOS

EN EL

## CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA

CHUZOS O PUNZONES, CUCHILLOS, LANZA O FRÁMEA

(LÁMINA II)

Los punzones o chuzos representados en la figura 1.<sup>a</sup> en forma de pirámide cuadrangular y provistos de cubo para la colocación del asta, al mismo tiempo que de picas pudieron servir de armas arrojadizas o angones. Mide alguno 0<sup>m</sup>234, mientras el más pequeño tiene 0<sup>m</sup>069. Son de hierro, y todos ellos están muy oxidados.

Lo que más abunda entre las armas son los cuchillos (figura 2.<sup>a</sup>) de diferentes formas y dimensiones, todos ellos de hierro y oxidados, con excepción de uno de acero que podría prestar servicio todavía, y provistos de espiga o indicación de haberla tenido, lo que hace suponer la existencia de mangos de madera. Entre ellos aparece uno doblado (figura 3.<sup>a</sup>) al que hemos hecho referencia cuando rebatimos la suposición de que se doblasen las espadas para facilitar su ingreso en las urnas cinerarias.

La figura 4.<sup>a</sup> representa una lanza o frámea de hierro con su cubo, en el que ha quedado un pequeño resto del asta de madera, y la número 5, un instrumento falciforme, también de hierro, al que le falta el cubo, exactamente igual a otros completos encontrados con varias armas al explanar, hace muchos años, una carretera en el valle de Echauri, de nuestra provincia, y a las hoces que se usaban ya en la edad del bronce.

## VASIJAS Y SABLES O SCRAMASAXAS

(LÁMINA III)

Con varios fragmentos que no permiten la reconstitución se encontraron nueve vasijas más o menos deterioradas: de barro claro u ordinario las indicadas en las figuras 1, y de barro negro las tres marcadas con el número 1'. Todas ellas aparecieron a la izquierda de la cabeza o a la derecha de los pies, y el estar llenas de tierra impidió que se pudiera examinar el interior ni averiguar, por tanto, lo que pudieron contener.

No habiéndose encontrado ninguna espada, lo que parece confirmar la poca importancia social de los Francos aquí establecidos, hubimos de contentarnos con tres *scramasaxas* de hierro, de las cuales está muy doblada la representada en la figura 2, como lo indica la sombra de la parte superior de la hoja, y mide 0<sup>m</sup>36 + 0<sup>m</sup>10 de longitud por 0<sup>m</sup>03 de anchura media; pudiendo apreciarse todavía, tanto en esta *scramasaxa* como en las otras dos, intencionadas melladuras en la parte media de la hoja, a pesar del mucho material perdido por la oxidación. La marcada con el número 3 es la mayor, y mide 0<sup>m</sup>49 + 0<sup>m</sup>15 por 0<sup>m</sup>045 de anchura media, y conserva, adherida por el óxido, una parte considerable de la contera de su vaina, lo que resuelve la duda de Mr. P. Lacombe, quien, tratando del asunto y refiriéndose a la espada de los Francos, dice: "*Tenía una vaina de madera o de cuero, en lugar que la scramasaxa no la tenía probablemente.*" La tercera, indicada con el número 4, mide 0<sup>m</sup>43 + 0<sup>m</sup>13 por 0<sup>m</sup>03. Todas ellas se encontraron a lo largo del fémur, en mal estado a causa de la oxidación, y tienen formada la punta por inclinación del corte o filo hacia el lomo, que mide 0<sup>m</sup>009 de grueso, careciendo de las estrías que suele haber próximas a éste.

PLACAS, HEBILLAS, CANTONERAS Y PIEDRAS

(LÁMINA IV)

Las diez figuras marcadas con el número 1 representan otras tantas placas de bronce, decoradas algunas de ellas con adornos geométricos y provistas otras de hebillas con clavos de talón también decorado, y caladas tres de aquellas, pero sin las cadenillas que generalmente acompañaban a estas. La figura 2 representa la parte principal de otra placa de bronce muy típica y de las llamadas digitales o radiales, a la que falta la terminación donde debía acoplarse la hebilla. Además de las hebillas que acompañan a las placas, completando el broche del cinturón, aparecieron otras indicadas con el número 3, y todas ellas presentan el anillo de forma circular u oval, quedando dos clavos faltos de anillo (figura 4) y viéndose decorados los de algunas placas.

Las figuras 5 representan dos cantoneras o conteras de cobre, con su correspondiente reborde, que pudieron servir de terminación de correa, como se ve en la estatua yacente del rey Clodoveo (siglo VI), puesta sobre su tumba en la abadía de Santa Genoveva, que él había fundado.

Las piedras representadas en las figuras 6 encontráronse en el interior de los sepulcros, y su calidad y forma las diferencian de los demás cantos rodados que abundaban entre la arcilla, hasta el punto de que nunca hubo duda para separarlas. Son de color azulado, de superficie sumamente lisa y con pronunciada depresión u oquedad en una de sus caras, donde se ve una mancha amarillenta. En las memorias de exploraciones que conocemos, nada se dice ni se hace mención de esta clase de piedras, lo que nos ha hecho dudar de la importancia o significación que puedan tener, y de citarlas o no ocuparnos de ellas, prescindiendo al fin, por excepción, de lo aconsejado en la máxima, "En la duda, abstente", pues

no queremos ocultar nuestra ignorancia, y aun llegamos a suponer que en otros cementerios francos hayan podido encontrarse piedras análogas y que quizá sirvieron a aquellas gentes de amuletos, o mejor, por la falta de taladro, de talismanes, ya que la superstición ha sido siempre compañera de la ignorancia. Conviene, sin embargo, repetir una vez más que los sepulcros estaban llenos de tierra arcillosa, y que con ella pudieron entrar esas piedras como habían entrado otros cantos rodados, por más que no se notó la presencia de ellas fuera de los sepulcros, lo cual fué causa de que las recogiésemos, y principalmente por presentar una de ellas (figura 6') la forma discóidea, con su correspondiente taladro completo en el centro, como las llamadas torteras (*fusaioles*) prehistóricas, y tener otra (figura 6'') comenzado el taladro por ambas caras.

LLAVE, BOLA DE HIERRO, MONEDAS, UMBO, PERLAS, COLMILLOS, PEDERNAL, VIDRIOS, PLACA Y CONCHA

(LÁMINA V)

La figura 1 representa una llave muy deteriorada por el óxido. La figura 2 reproduce una bola de hierro de destino desconocido, y a derecha e izquierda de ella están las dos monedas de oro de Suintila, de que al principio se ha hecho mención, y que nos han servido para fijar, con muchas probabilidades de acierto, la época del cementerio franco de Pamplona.

El umbo, situado en el centro de la cara exterior del broquel, tenía generalmente forma cónica, con el vértice lo bastante agudo para que pudiera servir aquel de arma ofensiva y defensiva, y no consideraríamos como tal el representado en la figura 2', que afecta la forma lenticular de mango o puño, si no hubiéramos visto en un grabado de la memoria del barón de Baye, de que se ha hecho mención, un bro-

quel con umbo enteramente igual, encontrado en el cementerio de Podbaba (Bohemia), y al que acompaña el manípulo y dos puntas de flecha o dardo. El umbo encontrado en nuestro cementerio franco es de cobre, y su fractura y dimensiones indican que formó parte de algún objeto pesado.

Con la figura 3 se indican tres collares, o mejor dicho, hilos de perlas que se encontraron sueltas, habiéndolas de piedra, tierra cocida y esmaltada en colores muy variados, vidrio de color y blanco, resina y cobre, confirmando esto lo que antes se ha dicho respecto a distintas civilizaciones muy separadas por los siglos.

La figura 4 es una chapa metálica de aplicación, provista de su taladro para la sujeción de la misma.

Dos colmillos de jabalí representan las figuras 5, y uno de ellos conserva parte del taladro que sirvió para ser colgado, habiendo aparecido ambos en distintos sepulcros y entre las costillas del cadáver, lo que parece confirmar su empleo como adorno o amuleto.

Se ha indicado anteriormente la significación que se da a la existencia de trozos de pedernal en las sepulturas francas, y sin tratar de rebatir esta opinión, debemos manifestar que los dos pedazos representados en las figuras 6 son dos puntas de cuchillo, y la mayor de ellas es exactamente igual, tanto por su forma y dimensiones como por la calidad del pedernal, a las de otros cuchillos que hemos encontrado en los dólmenes del monte Aralar, repetidamente citados.

Con el número 7 se han marcado algunos trozos de vasija de vidrio que los siglos han irisado, y que así como otros muy numerosos de vasijas romanas de barro, algunos de ellos con artística decoración, se encontraron en los sepulcros de nuestro cementerio franco, y cuya significación, así como la de los anteriores, se ha expresado más atrás.

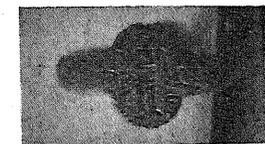
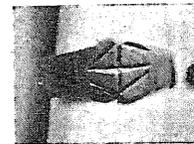
La concha representada en la figura 8 se halla muy bien conservada, y ya en los dólmenes del período del cobre se

han encontrado algunas, como en el de la Liqueisse (Aveyron), en el que había cuatro, una de ellas muy semejante a la nuestra, y en la sepultura eneolítica de Fontaine-le Puits (Savoie), en la cual, delante del pecho del esqueleto, se encontró una concha.

ANILLOS, PERLA, CLAVO DE HEBILLA. LAZOS, TORCAS, MEDALLÓN O PHALERA, GAFETES DE SUSPENSIÓN, TERMINACIONES DE CORREA, PENDIENTES

(LÁMINA VI)

Muy numerosos fueron los anillos encontrados en los sepulcros. Varían mucho en forma y dimensiones, acusando diversidad de motivos que contuvieron y que han desaparecido en su mayor parte. Las figuras 1 demuestran lo anterior, no habiendo sido recogidos más que los tres chatones de vidrio azul indicados en las figuras 2, y marcando con el número 3 la que representa el único anillo de plata y el más pequeño y que contiene la figura del cuadrúpedo de que se



ha hablado antes con alguna extensión, que se ve también en otros anillos de cobre y en el mayor de los chatones citados. Decoración muy primitiva se ve en otros anillos, y en uno de cobre, la forma humana a que antes nos referimos; figura que recuerda los grabados de las monedas visigóticas

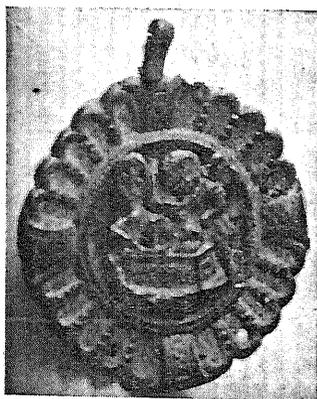
y merovingias, demostrando todo ello una regresión muy grande en la expresión del arte, y por consiguiente, de la civilización. De todos ellos acompañan detalles.

La figura 4 apenas da idea del objeto que representa: es una pequeña perla negra, de vidrio, sin horadar y bordeada con diminutas perlititas blancas, que quizá habría figurado en algún anillo.

La figura 5 representa un pequeño clavo de hebilla con talón y con el extremo doblado en ángulo recto.

Con el número 6 indícanse dos lazos de hilo metálico, poco consistente, cuyo destino desconocemos; y con el 7, tres torcas de alambre de plata, y una (figura 7') de chapa estrecha de bronce y decorada en esta forma XIIIXIIXIIXIII, decoración que se ve también, acompañada de los símbolos solares, en otra torca de la edad del bronce que se encontró en la Marne.

Merece especial mención, y destaca entre los objetos que venimos enumerando y describiendo en parte, el medallón de bronce o *phalera*, figura 8 (de que se ve también un de-



talle), provisto del enganche para ser colgado, y de dos pequeños agujeros en la parte inferior para sujetarlo al vestido. Persona que es una autoridad en Arqueología supone que

puede representar una fuente; que tanto por el motivo romano-cristiano de la bordura como por la representación del ángel que se acerca a aquella, y el remate crucífero de la misma, podría simbolizar la fuente de vida o resurrección de la carne por virtud del manantial de la gracia, en cuyo caso la fuente representaría la Iglesia.

Las figuras 9 representan dos piezas de bronce llamadas hembrillas o gafetes de suspensión, las cuales servirían para sujetar o colgar algún objeto. Son enteramente iguales a otras encontradas en el cementerio franco de Criel.

Dos pares de terminaciones de correas fueron encontradas en los sepulcros, y alguna conserva todavía aprisionado un resto de cuero, preservado por el óxido de cobre. Están representadas en las figuras 10, y las dos de mayor tamaño son iguales a las encontradas en el cementerio franco de Liben (Bohemia).

Cuatro pendientes están representados en las figuras 11, 12 y 12'. Los dos primeros son de plata y están finamente estriados transversalmente; el número 12 es de cobre, llevando engastado un vidrio rojo, y el 12' es de plata con tres pequeñas perlas del mismo metal.

Las figuras número 13 representan las dos mitades de una perla, formada, al parecer, por un canto rodado de cuarzo lechoso, como los que dice el arqueólogo alemán Herr Mone que se encuentran en las tumbas francas, y en una de aquellas puede observarse el taladro que sirvió para ser ensartada.

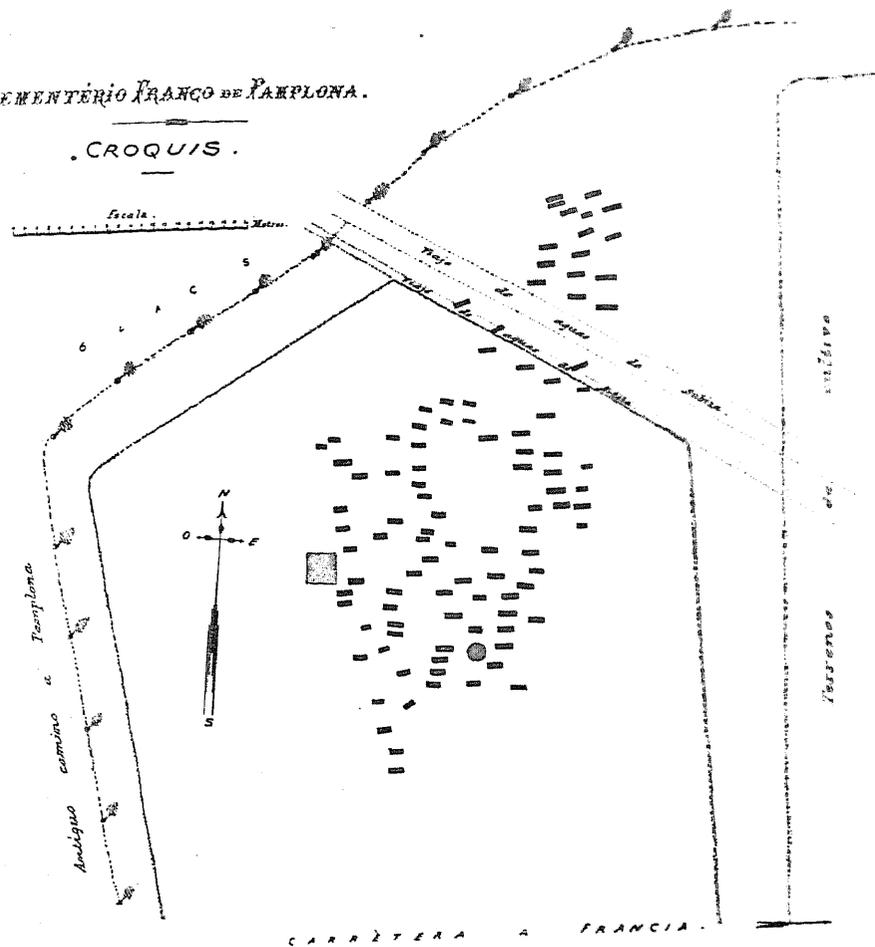
No hemos querido omitir varios objetos no numerados y de difícil clasificación por haber formado parte de algo que ya no existe, y solamente un examen comparativo y minucioso de alguna obra de la importancia del *Album Caranda*, publicado en cuatro tomos por Mr. Frederic Moreau, citado anteriormente, podría quizá dar alguna luz respecto a la significación y uso de aquellos, pero no los consideramos bas-

tante importantes para hacer una investigación muy larga y costosa y de éxito inseguro. Publicamos también fotogra- bados, en distintas posiciones, de uno de los cráneos que reco- gimos en los sepulcros, para que puedan los antropólogos ha- cer su estudio. Y terminamos confesando el temor de que es- te humilde trabajo no corresponda a nuestro deseo por las dificultades consiguientes a un asunto no estudiado aquí has- ta ahora, considerándonos muy afortunado si sirve de algo en investigaciones posteriores, o al estudiar aquellos velados siglos que precedieron de cerca a la instauración de la Mo- narquía navarra.

Pamplona Octubre 1914.

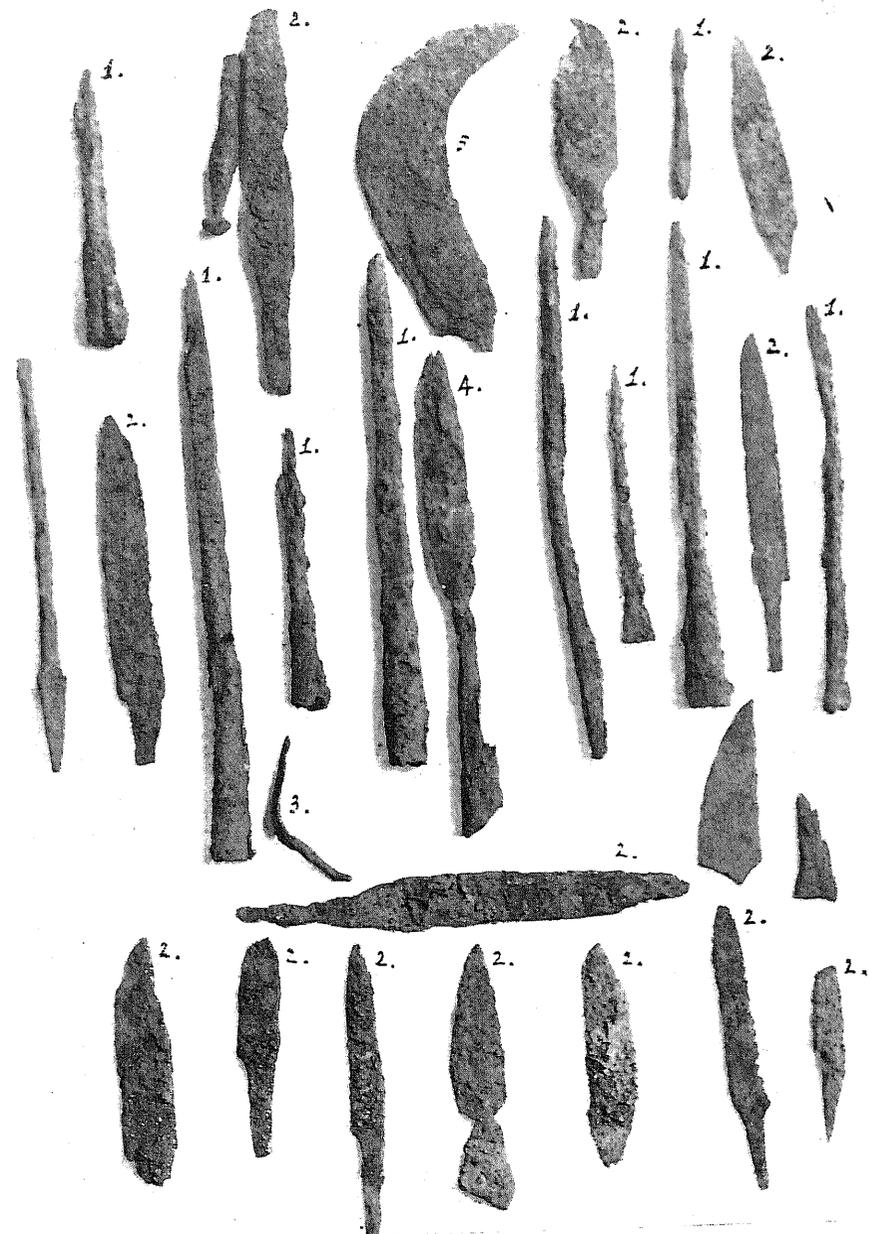
CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA.

. CROQUIS .



# CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA (NAVARRA)

LÁMINA II

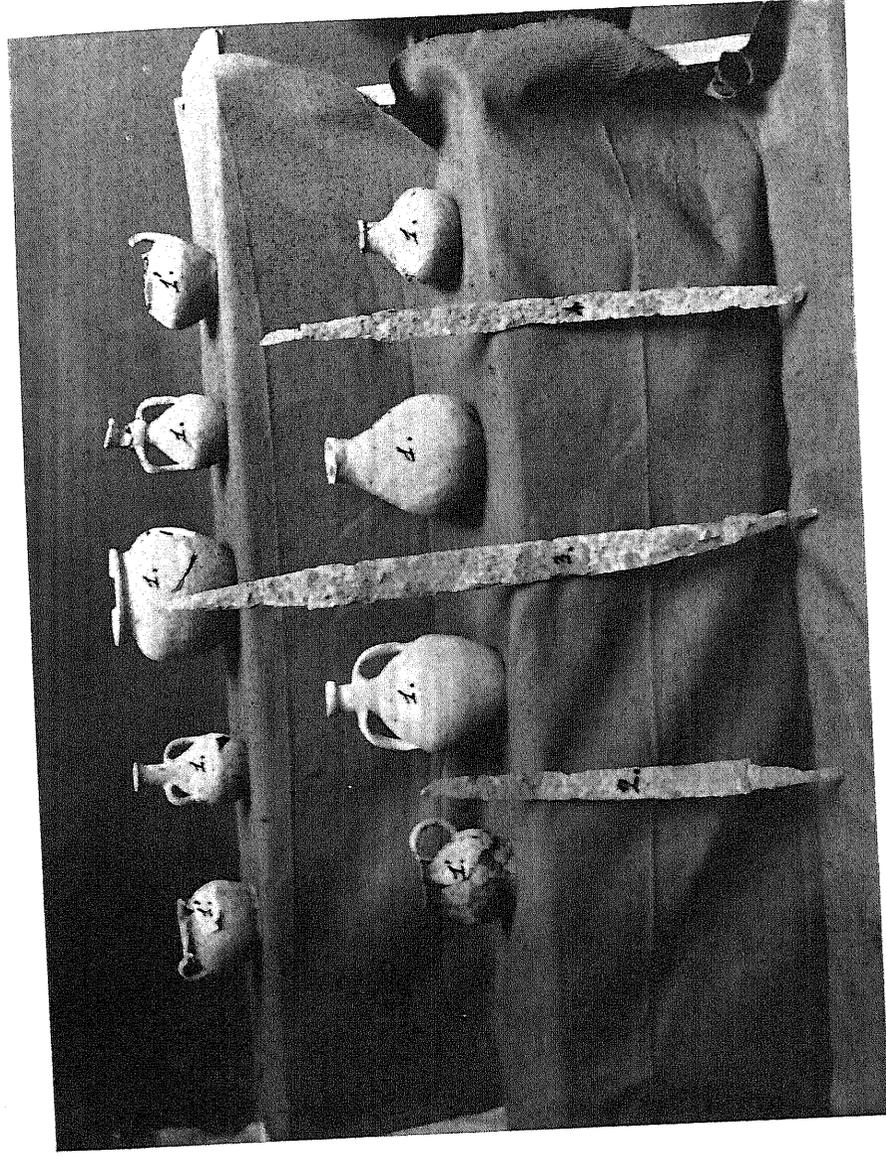


ESCALA 33/100

1. Chuzos. — 2. Cuchillos. — 3. Cuchillo doblado. — 4. Lanza. — 5, Hoz.

CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA (NAVARRA)

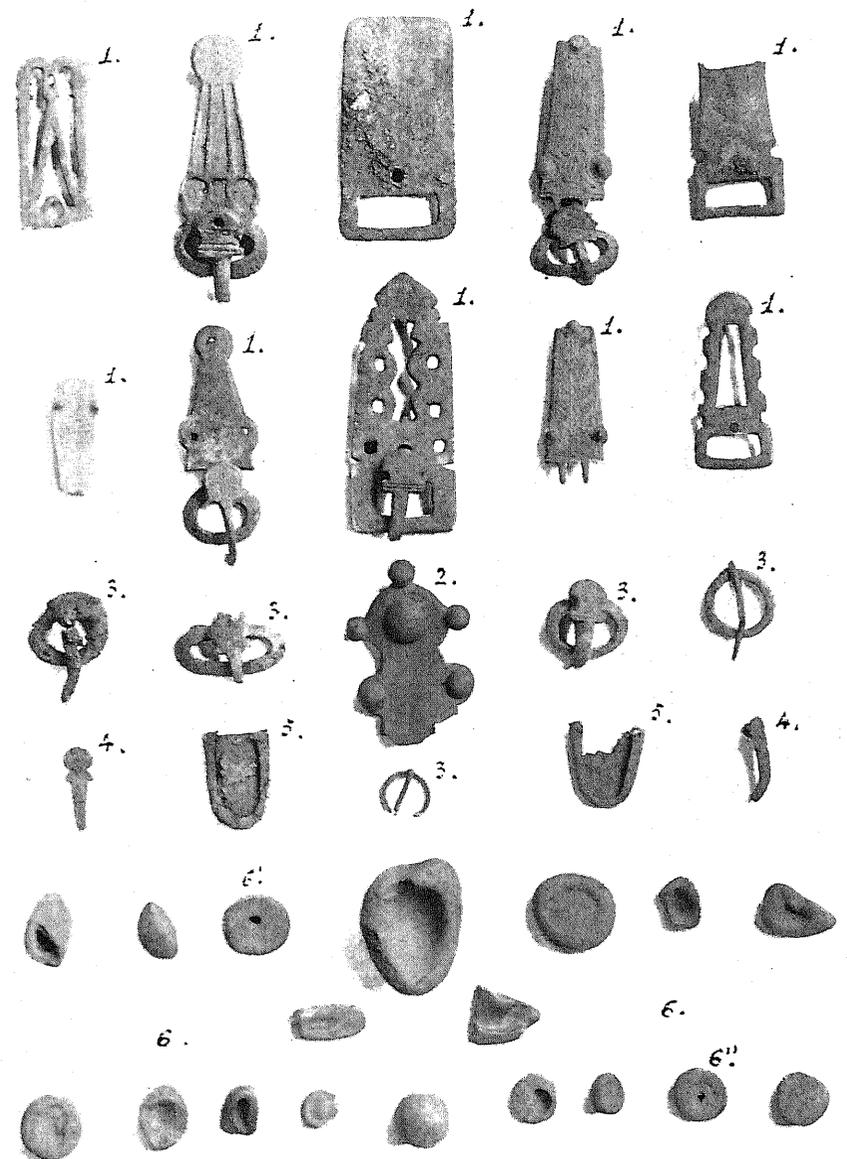
LÁMINA III



ESCALA 14/100  
1, Vasijas de barro claro. — 1', Vasijas de barro negro. — 2, 3 y 4, Sables o seramasaxas.

# CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA (NAVARRA)

LÁMINA IV



ESCALA 33 100

1, 1, 1 y 2, Placas. — 3 y 4, Hebillas. — 5, Cantoneras. — 6, 6' y 6'', Piedras.

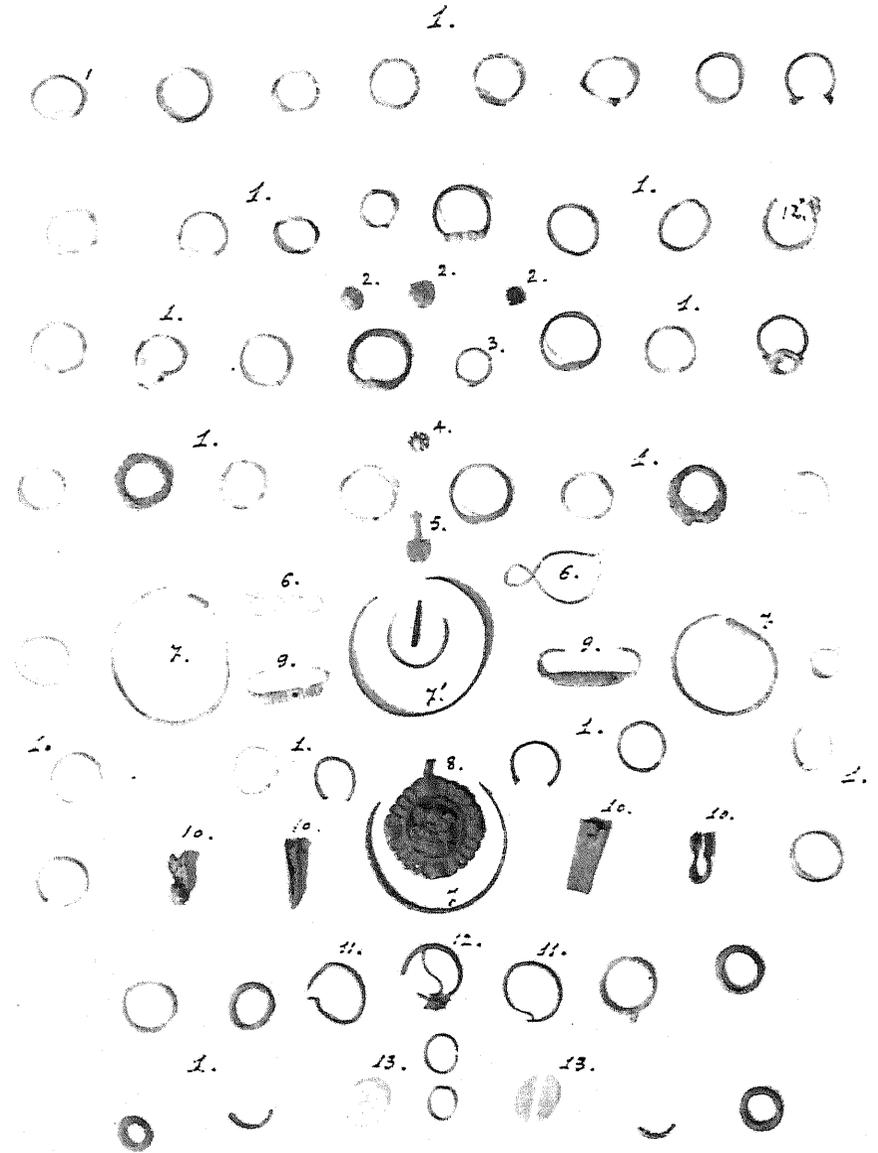
# CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA (NAVARRA)

LÁMINA V



ESCALA 33 100

1, Llave.—2, Bola.—2', Umbo.—3, Perlas.—4, Placa de aplicación.—5 y 5', Colmillos de jabalí.—6 y 6', Puntas de pedernal.—7 y 7', Trozos de vidrio.—8, Concha.

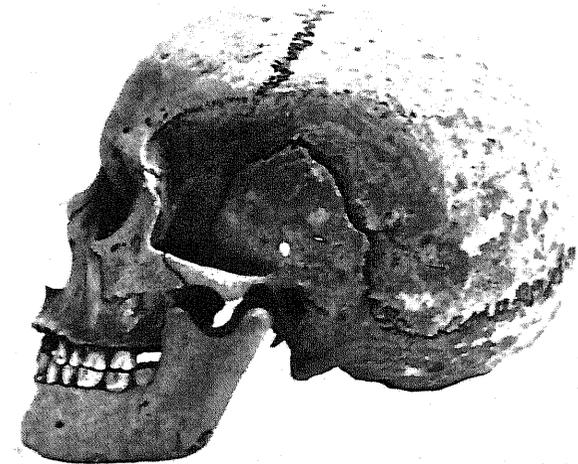


ESCALA 33 100

1, 1 y 1, Anillos. — 2 y 2, Chatones de vidrio. — 3, Anillo de plata. — 4, Perla de vidrio.  
 5, Clavo de hebilla. — 6 y 6, Lazos. — 7 y 7, Torcas de plata. — 7', Torca de bronce.  
 8, Medallón o phalera. — 9 y 9, Gafetes. — 10 y 10, Terminación de correa. — 11, 12 y 12',  
 Pendientes. — 13, Perla.

CEMENTERIO FRANCO DE PAMPLONA (NAVARRA)

LÁMINA VII



Tres vistas diferentes de una misma calavera  
del cementerio franco de Pamplona

